

DE HOLANDA AL SURINAM

Juan Manuel del Río (=JM)

-----Entrevista figurada con el Beato Pedro
Donders, (=PD) redentorista-----.

-1-

JM.- En resumidas cuentas, querido y Beato Pedro Donders (=PD), que en tu vida hiciste sólo dos viajes; eso, sí, largos viajes: de tu Holanda natal al Surinam, tu campo de acción misionera; y del Surinam al Cielo, tu Patria definitiva.

Pero antes de continuar esta entrevista figurada, me gustaría que nos enseñaras tu DNI (=documento nacional de identidad).

PD.- Con sumo gusto. Nací el 27 de octubre del año 1809, cerca de Tilburg, Holanda, como acabas de señalar.

JM.- Holanda, *Nederlanden* («Tierras bajas»), ya que una parte del norte y oeste del territorio se encuentra por debajo del nivel del mar. Un complejo sistema de drenaje de agua, iniciado en la época medieval, ha permitido incrementar la superficie del país en más de un 20%.

PD.- Así es. Bien, y fui bautizado, según era lo habitual entonces, el mismo día.

JM.- ¿Tus padres?

PD.- Mis padres se llamaban Arnaldo Donders y Petronila van den Brekel.

JM.- ¿Tuviste más hermanos?

PD.- Sí, bastantes. Todos legítimos; pero debo aclarar que algunos éramos sólo medios hermanos.

JM.- ¿Y eso?

PD.- Yo nací del tercer matrimonio de mi padre. En los dos anteriores, había quedado viudo. Dos niños se le murieron en pocos días, y una chica de catorce años murió dos años antes que su segunda esposa.

JM.- ¡Vaya, por Dios!

PD.- Dirás, se fueron con Dios. Tuve otro hermanito, que nació inválido. También se fue pronto con Dios.

JM.- ¿Cómo era tu madre?

PD.- Tengo muy pocos recuerdos de ella. Tenía yo sólo seis añitos, cuando mi madre se fue al Cielo.

JM.- Mucho dolor seguido.

PD.- Te lo puedes imaginar. Por lo demás, mi padre necesitaba sacar adelante el hogar. Optó por volverse a casar. Era la cuarta vez que lo hacía. Quería una madre para sus hijos, y una felicidad que...

JM.- Que no acababa de llegar, ¿no es así?

PD.- Así es. Por otro lado, mi casa era muy humilde, como muchas otras casas pobres.

JM.- ¿A qué se dedicaba tu padre?

PD.- Era tejedor, oficio que yo mismo desempeñé durante varios años, habiendo comenzado muy chico. De hecho sólo fui a la escuela hasta cumplir los doce años. Ya sabes, en un hogar pobre siempre urge el trabajo.

JM.- Pero debiste aprovechar bien la escuela, porque siendo aún un adolescente te dedicaste a dar catequesis a los niños.

PD.- Es cierto. Puse en esta labor mucho empeño. De hecho, el párroco me dio el título oficial de catequista.

JM.- Es que tú apuntabas más alto.

PD.- Creo que aciertas.

JM.- Es sintomático, Pedro, pero está constatado que la mayoría de personas que han sobresalido en la humanidad, en cualquier rama de las ciencias y las artes, y por supuesto en el mundo religioso, han salido de hogares pobres.

PD.- La pobreza abre muchos horizontes, y hace a las personas más universales y generosas.

JM.- Sin ir más lejos, tú eres un ejemplo.

PD.- Yo quería ser sacerdote.

JM.- Pero se necesita tener buena salud, física y moral. La moral, era muy buena, pero tu salud física, en cambio, dejaba mucho que desear.

PD.- Cuando está de Dios, los problemas son fáciles de sobrellevar.

JM.- ¡Hombre!, y más si uno mismo pone interés y entusiasmo.

PD.- Aquí el entusiasmo se llama decisión, o voluntad. Pero está sobre todo la fuerza de la oración. Y la verdad, yo era feliz haciendo oración. Traté de que el centro de mi vida fuera siempre Dios.

JM.- Y seguramente que en tu subconsciente estaban también los pobres.

PD.- Son los preferidos de Dios.

JM.- Suele decirse, Pedro, que no hay mal que por bien no venga. Tu salud era deficiente, como sabemos, pero resultó para bien.

PD.- ¿A qué te refieres?

JM.- Al servicio militar.

PD.- Ah, sí. Efectivamente, me incapacitaron para el servicio militar, con lo cual aún me fue más fácil optar por el sacerdocio.

JM.- Háblanos un poco de esto.

PD.- El cura del pueblo me envió como alumno-empleado a la Escuela Apostólica de Beekvliet, donde trabajé hasta los 23 años, que fue cuando comencé a estudiar para sacerdote.

JM.- ¿Quién te pagó los estudios?

PD.- Yo mismo. Como no podía costearme los estudios, después de las clases trabajaba en el mismo seminario.

JM.- Dura situación.

PD.- Ciertamente. Los seis años en el Seminario menor, alternando estudio y trabajo se me hicieron muy duros.

JM.- Aparte la edad...

PD.- ¡Claro!, porque yo les llevaba varios años a los demás seminaristas.

JM.- ¿Qué tal se portaban contigo?

PD.- Te lo puedes imaginar. Se burlaban de mí, decían que era torpe. Pero terminaron por tomarme cariño y respeto.

JM.- Sin duda, que para esto debió ayudarte tu carácter afable y cordial.

PD.- Posiblemente.

JM.- Tenías veintinueve años cuando comenzaste los estudios superiores en el Seminario de Nieuw Herlaar, próximo a Beekvliet.

PD.- Así es. Y fue ahí donde se acentuó mi interés por las misiones en el extranjero.

JM.- ¿Hacia dónde se inclinaba tu corazón?

PD.- Hacia Estados Unidos.

JM.- ¿Por qué?

PD.- Me entusiasmaban las misiones del misionero jesuita Desmet. Viendo esta inquietud, el Rector del seminario me orientó hacia la vida religiosa.

JM.- Pero en Holanda no podía ser.

PD.- Efectivamente, no podía ser, puesto que Guillermo I había prohibido la admisión de novicios en cualquier comunidad religiosa de su territorio.

JM.- ¿Y, entonces?

PD.- Hubo que llamar a las puertas de los Jesuitas, de los Franciscanos, y de los Redentoristas belgas de Sint Truiden.

JM.- Y todos te dieron con la puerta en las narices.

PD.- ¡Hombre!, la expresión es fuerte. Pero en la práctica, así fue.

JM.- ¿Por qué motivo?

PD.- Unos decían que me faltaba talento, otros que tenía mucha edad. Pero, lo que te dije: si la cosa está de Dios... Y ya ves, treinta años más tarde terminé vistiendo el hábito Redentorista en mi querido Surinam.

JM.- Treinta años más tarde, se dice pronto.

PD.- Mientras tanto, en 1839 me fui al seminario de Hausen para continuar los estudios de Teología, que por cierto, se me daba mejor que la filosofía.

JM.- ¿Y la idea del Surinam, cómo se fue fraguando?

PD.- Mira, la vida está llena de sorpresas y de encuentros. Los encuentros en la vida son muy importantes. Resulta que un año antes, en el seminario, tuve una conversación con Monseñor Jakobus Grooff, que me caló muy hondo. Le dije que me ofrecía voluntario para ir junto a él a la misión del Surinam, cuando fuese sacerdote.

JM.- Muy interesante. ¿Cuándo te ordenaste de sacerdote?

PD.- El 15 de junio de 1841, en Oergstgeest, por el obispo van Wijckerslooth.

-3-

JM.- Ha quedado claro, Pedro, que tu corazón y tu vocación estaban orientados al Surinam. Era tu gran sueño.

PD.- Así es. América la sentía ya cercana, pero tardaba en llegar.

JM.- Tardaría aún un año. ¿Qué hiciste mientras tanto?

PD.- Para que veas cómo son los caminos del Señor. Resulta que ese año tuve ocasión de conocer más de cerca de los Redentoristas.

JM.- ¿Cuál fue el motivo?

PD.- El motivo fue que los Redentoristas holandeses dieron una misión en Tilburg, mi tierra natal.

JM.- ¿Recuerdas algún nombre?

PD.- Sí, la dio el Padre Bernad Hafkenscheid. Y te digo que quedé maravillado, impresionado y lleno apostólico fervor.

JM.- Y pasó el año y, por fin, desembarcaste en Paramaribo, capital del Surinam.

PD.- Correcto, tras mes y medio de un viaje largo y pesado.

JM.- Surinam o *Suriname*, el país más pequeño de Sudamérica, situado al norte de Sudamérica, entre la Guayana francesa al este, Guyana al oeste, y Brasil al sur. Sus fronteras con Guayana francesa y Guyana en el sur, son desde hace varios años objeto de arduas disputas territoriales. Al norte, colinda con el Océano Atlántico. Surinam se divide en diez Distritos.

PD.- Así es. *Saramacca* es uno de los distritos. Se encuentra delimitada por el Océano Atlántico al norte, el distrito de *Coronie* al oeste, *Para* al sur y *Wanica* al este. La capital de dicho distrito es *Groningen*, siendo otras poblaciones de interés *Batavia* o *Boskamp*.

JM.- Y para nosotros, ahora mismo, Batavia tiene un interés especial. Su población actual asciende a 13.600 habitantes repartidos en una extensión de 3.636 km².

PD.- Creo que es correcto.

JM.- Bien, al llegar escribiste: *“Por fin he llegado a mi destino, a donde me llamó el Señor y su diestra me llevó”*.

PD.- Sí, fue el 16 de septiembre de 1842.

JM.- Tenías, por consiguiente, casi 33 años. Y los primeros 14 años los pasaste en Paramaribo junto al obispo Grooff.

PD.- Años que me sirvieron para descubrir tanto la miseria religiosa como moral; lo mismo en los blancos como en los de color. Los signos de idolatría eran evidentes. Promiscuidad, pobreza, suciedad, alcohol, prostitución, andaban a la par. Lo que podría llamarse una situación de “corrupción total de la moralidad”.

JM.- Es interesante que saques esto a relucir, teniendo en cuenta sobre todo a aquellos o aquellas que piensan en las misiones como si de algo romántico se tratara.

PD.- ¡Por favor!, evangelización y romanticismo son cosas tan distintas que nada tiene que ver una con otra.

JM.- Bien, Monseñor Grooff, te recibió encantado. Extendió el mapa de Surinam sobre la mesa y...

PD.- Sonrió, me miró, y me dice: te presento el campo de trabajo por y para evangelizar: 140.000 km² de extensión.

JM.- 140.000 km², cuatro veces Holanda, se dice pronto. Aunque hoy creo que es algo más.

PD.- Pero lo peor no es la extensión, sino el clima tropical, con mosquitos causantes de tantas enfermedades, selvas, ríos, inundaciones, sobre todo en la época de lluvia.

JM.- Y, por supuesto, las diversas razas que habitan el Surinam.

PD.- Sí, además de los indígenas natos, había negros cimarrones, esclavos, calculados en 46.000, y los blancos, de origen holandés, inglés, francés; había alemanes, portugueses... Podemos suponer unos 140.000.

JM.- Y los leprosos, Pedro, los leprosos...

PD.- Mis queridos leprosos...

-4-

JM.- Pedro, tú has pasado a la historia del santoral de la Iglesia por tu santidad, por supuesto, pero una santificación de mucho mérito como fue trabajar treinta años con los leprosos. Pero no fue tu único campo pastoral.

PD.- Efectivamente, no fue el único. La Viña del Señor es muy grande, tiene muchos surcos donde trabajar.

JM.- Dínos cómo era una jornada normal en tu vida.

PD.- Bueno, ya sabes que en el trópico amanece pronto, la gente está acostumbrada a levantarse temprano, de modo que me levantaba, y las cinco de la mañana me iba a la iglesia a rezar. Después de celebrar la Eucaristía, me quedaba un buen rato dando gracias. Y en cuanto llegaban los niños les daba la catequesis...

JM.- Está claro que edificabas tu vida sobre la base firme de la oración.

PD.- Recuerda lo de san Alfonso de Liguori, nuestro fundador, “el que reza se salva...”

JM.- “...y el que no reza se condena”. Bien, y una vez fortificado por la oración, a la pastoral directa.

PD.- Sobre todo con los leprosos.

JM.- Fue tu campo de apostolado, sacrificado y abnegado. Pero también te ocupabas de los negros que trabajaban en las plantaciones de caña.

PD.- De los negros y de sus amos, porque los esclavos eran muy mal tratados, en general, sobre todo en las haciendas. Su situación era peor que los de la ciudad.

JM.- Para acceder hasta ellos tenías que desplazarte remontando ríos y zonas selváticas.

PD. Pero no era ése el mayor problema. Había que enfrentarse también a los propietarios, primero para dieran permiso de poder acercarse y transmitir la fe a los esclavos, y desde luego, a ellos mismos, los propietarios, muchos de ellos embrutecidos por todo tipo de abusos.

JM.- De modo que trabajo no te faltaba, ¡vaya!

PD.- Y aumentó más cuando el Papa Gregorio XVI propuso a Monseñor Grooff como Vicario Apostólico para Indonesia.

JM.- Sin duda un momento duro para ti.

PD.- Y para todo el Surinam. Era muy querido y todos tratamos de que tal nombramiento no se llevara a cabo.

JM.- Pero sí se llevó a cabo.

PD.- Efectivamente, tras cuatro meses de tira y afloja, intentando que no lo trasladaran, monseñor Grooff partió a su destino. Lo sentimos mucho, pero hay que acatar la voluntad de Dios.

JM.- ¿Quién le sustituyó?

PD.- Monseñor Schepers.

JM.- Tengo entendido que su salud estaba algo deteriorada.

PD.- Así es. Y para colmo, murió el capellán de los leprosos, con lo cual tuve que hacerme cargo de todo el trabajo.

JM.- Que era desbordante.

PD.- Y muchos los enfermos. Había días que teníamos hasta cinco entierros.

JM.- Era tu día a día pastoral, en un clima tropical.

PD.- Resultaban más duros la indiferencia religiosa de mucha gente, los odios, y hasta las amenazas, sobre todo de los europeos dueños de los esclavos.

JM.- Pedro, tú fuiste nombrado capellán de los leprosos de Batavia en 1856.

PD.- Así es. Yo conocí la leprosería de Batavia en 1842, cuando llegué al país y fuimos a realizar una visita junto con Monseñor Grooff.

JM.- Sabemos que al hacerte cargo de la leprosería las cosas mejoraron.

PD.- La realidad es que los leprosos vivían en situación lamentable. No tenían enfermeros, y la alimentación muy escasa. Triste, de verdad. Decía el médico van Hasselaar, *“Era la destrucción más grande en cuerpos vivos humanos que jamás yo he visto”*.

JM.- Y tú escribiste que: *“parecía más una pocilga que una morada humana”*. Pero la situación fue cambiando.

PD.- Sí, para comenzar, pusimos suelo de madera y camas en las chozas; se consiguió alimento, aunque con grandes dificultades. Incluso, pudimos enterrar a los que morían en ataúdes dignos.

JM.- Todo este trabajo sin descuidar la oración a horas tempranas de la mañana, la eucaristía, la acción de gracias, etc., antes de meterte de lleno en faena cada día.

PD.- Sin la fuerza de la oración no hubiera sido posible realizar el trabajo.

JM.- ¿Y el comportamiento de los leprosos?

PD.- Mi trabajo misionero era tanto material y físico, como espiritual. Y muchas veces resultaba muy difícil; había que chocar más de una vez con los leprosos, ya que algunos carecían de toda moralidad. Pero había que buscar su salvación integral.

-5-

JM.- Pedro, abordemos ahora tu faceta como misionero Redentorista.

PD.- Muy bien.

JM.- Es en 1863 cuando Guillermo III de Holanda declara el fin de la esclavitud, incluyendo la libertad religiosa en sus territorios. Desde Roma se envía entonces a los Redentoristas holandeses al Surinam, para hacerse cargo de la misión.

PD.- Correcto.

JM.- Dos de los cuatro sacerdotes seculares que allí estaban, regresan a Holanda.

PD.- Así es.

JM.- Es entonces cuando otros dos, tú, Pedro Donders, y Romme, ingresan con los redentoristas. Estamos en el año 1865.

PD.- Y como ya habías apuntado, habían pasado 30 años desde que intenté entrar en la Congregación, en Bélgica.

JM.- De modo que cuentas ya, en ese momento, con 57 años.

PD.- Ya ves, las cosas de Dios. Efectivamente, tras dos semanas de experiencia en la comunidad de Paramaribo, decidí comenzar el noviciado.

JM.- Que fue más breve que lo normal. Sólo seis meses.

PD.- Se debió, de un lado, al hecho de ser sacerdote, y tener una larga experiencia misionera, y de otro, a que era conocido de sobra por los redentoristas.

JM.- Suficiente noviciado había sido ya toda tu vida en el Surinam... ¿Quién fue tu maestro de noviciado?

PD.- Monseñor Swinkerls.

JM.- Que por cierto, dijo de ti: *“poseía en toda plenitud el espíritu de la Congregación Redentorista”*.

PD.- Y así, el día de san Juan de 1867 hice la Profesión religiosa en Paramaribo.

JM.- Y vuelta a Batavia.

PD.- Pero ahora como Redentorista y con más compañeros redentoristas.

JM.- Para atender a los leprosos y a los indígenas de las selvas. ¿Qué sistema empleabas para catequizarlos?

PD.- Pues mira, además de la palabra, que es fundamental, me valía también de láminas y dibujos, incluso la música, valiéndome de un pequeño harmonium.

JM.- Se dice que los indios parecen ser ociosos y supersticiosos.

PD.- Superstición había, y mucha. Y que yo tratara de abrirles los ojos a la realidad, como puedes suponer, no convenía para

nada a los curanderos; de modo que enseguida comenzaron a atacarme y amenazarme si bautiza a los indios.

JM.- Y tú aguantaste heroicamente.

PD.- Y el resultado fue que los indios se convirtieron, abandonando la superstición y los vicios que los aquejaban.

JM.- No sólo evangelizaste a los indígenas, también a los negros.

PD.- Sí, la mayoría de ellos eran los llamados “*negros cimarrones*”, que eran esclavos traídos de África para trabajar duramente en grandes propiedades agrícolas de los europeos.

JM.- ¿Cómo era su comportamiento?

PD.- Muy difícil. Se agrupaban en bandas que se peleaban entre sí; pero sobre todo luchaban contra los blancos europeos, sus opresores.

JM.- ¿También eran supersticiosos?

PD.- Mucho. Supersticiosos e inmorales, y más feroces que los indios.

JM.- Pedro, tú denunciaste esta situación a tres bandas: contra ellos, contra los poderosos y contra los propietarios.

PD.- Esto supone una dura cruz.

JM.- Y escribiste: *“El trabajo entre los negros cimarrones no va bien. También la adversidad y la cruz vienen de Dios, y nada se realiza sin la cruz”*.

PD.- Sucedió esto en 1869.

JM.- El tiempo corre para todos y estamos en 1883. Llevabas cuarenta años de trabajo intenso en Surinam.

PD.- Tenía 74 de edad, anciano, y me sentía cansado y agotado.

JM.- Y los mismos leprosos, compadecidos de ti por tu estado de salud, piden que les nombren otro capellán.

PD.- Como dices, tenía 74 años de edad, habían sido 40 años de intenso trabajo misionero, de los cuales, 16 como redentorista.

JM.- Y los superiores deciden que te retires a la comunidad de Paramaribo. Aunque seguiste trabajando con el mismo entusiasmo que si fueras aún joven.

PD.- Allí viví momentos muy felices. Los cohermanos me hacían bromas, recordando mi avanzada edad al ingresar en la Congregación.

JM.- Y también escribiste: *“Cada día me doy más cuenta de cuán grande es la felicidad de la vocación en esta Congregación y en convivencia con los hermanos”*. Pero, como suele decirse, de mayor aparecen las goteras, también llegaron otros achaques.

PD.- Sobre todo del riñón, del que tuvieron que operarme varias veces.

JM.- En 1885, aún vuelves a Batavia, al enfermar el Padre Bekkers, capellán del lugar. Con 77 años y una delicada salud, sigues trabajando con los leprosos, indios y negros un año más.

PD.- Para mí, los enfermos son la presencia más clara y real de Jesucristo sufriente en la cruz.

JM.- A finales de 1886 visitaste por última vez a los enfermos.

PD.- Les celebré la eucaristía el día de Navidad, y les prediqué el día 31.

JM.- Último día del año. También tu vida llegaba al final.

PD.- La nefritis que me aquejaba se agrava, y el médico ya no me suministró medicamento alguno.

JM.- Unos días después, el día 12 de enero de 1887 le dijiste al P. Bekkers: *“Ten aún un poco de paciencia. Moriré el viernes a las tres”*.

PD.- ¡Qué gracia...! Y así fue.

JM.- Un día glorioso, sin duda, para ti, la Iglesia y la Congregación del Santísimo Redentor, o Redentoristas, aquel 14 de enero de 1887, cuando a la evocadora fecha de un viernes y tres de la tarde, tras una larga vida de oración, sacrificio y entrega misionera entregabas tu alma al Creador.

PD.- Fue en Batavia, rodeado de los más abandonados a los que había entregado toda mi vida. El mejor regalo que me podía hacer el Señor.

JM.- En Batavia permaneció tu cuerpo trece años, hasta que se decidió el traslado, de la leprosería a la Fundación san Gerardo en Gravestraat en Paramaribo.

PD.- Y ahora reposa en la catedral de Paramaribo desde 1921.

JM.- Porque tu fama de santidad era reconocida por todos los habitantes de la antigua colonia holandesa. ¿Fecha de tu beatificación?

PD.- El 23 de mayo de 1982, por el Papa Juan Pablo II.

JM.- Eres el Apóstol de los Leprosos.

PD.- Y de los Indios, y de los Cimarrones, etc.

JM.- Lo dicho, son las cosas del Señor. Querido Beato Pedro Donders, gracias por esta entrevista figurada que, ojalá, a más de uno y una nos estimulen a seguir tus pasos misioneros en pos del Redentor.



Río Surinam, cerca de Paramaribo